

Siempre terminamos por volver a Angelmó: ¿por qué y para qué? Se creyó que con las obras del puerto desaparecería, pero no fue así. Cambió algo, algo ha cambiado, pero es el mismo Angelmó; aldea o casería huilliche, de otros tiempos. Hoy, un barrio de Puerto Montt, la ciudad del Reloncaví, esa copa llena de agua, un barrio que difícilmente podría calificarse; ¿un barrio comercial, uno turístico, uno residencial? Parece escapar a todo encasillamiento y ser un poco de todo. Pero, antes que nada, es el barrio de la mugre, de la miseria; o sea, un barrio, un lugar popular, y eso es lo que va a ver la gente, lo que vamos a ver todos: la pobreza, la escasez de recursos, la inmundicia, porque así como Viña del Mar, Zapallar o Algarrobo son para la gente chilena los lugares elegantes y ricos del país, para esa misma gente Angelmó es lo contrario y tal vez va, de vez en cuando, a visitarlo para castigarse por haber pensado que todo Chile era Viña del Mar, Zapallar o Algarrobo. Todos bien vestidos, perfumados con Ideal Quimera o Lavender, no Lavanda, que es siútica. Lavender, English Lavender, my dear, con dinero en el bolsillo, por lo menos hasta que termine febrero. Aunque a algunos les dura todo el año, no todos los chilenos son chilenos que veranean en Algarrobo o Zapallar, o Arica. Aquí en Angelmó está a la vista. No lo son y algunos no veranean ni han veraneado nunca. Será difícil que venga una UP que les permita hacerlo.

Y uno vuelve, vuelve siempre. ¿Es posible que sea así, es posible que existan todos esos hombres y mujeres que habitan las lanchas asentadas sobre el barro o que se mueven en sus cercanías, es posible esa hediondez, ese barro, ese abandono? Sin duda que es posible. Son los mismos hombres y mujeres, las mismas lanchas, siempre es Angelmó, porque así como hay una sensualidad de la limpieza y de la blancura, del aroma que traen, hay una de la mugre, de lo negro, de lo gris y a eso volvemos, a sentir la sensualidad de la mugre y de la miseria. Además, para qué negarlo. Esa gente es atrayente, más atrayente que muchos pijes nacionalistas y señoras caerolientas veraneando en las playas selectas del centro del país, con bikinis sensacionales, quitasoles de color y cremas variadas para variados usos.

Siempre volvemos a Angelmó; ¿por qué no?, es como un viaje a nuestra subconciencia. Los pintores lo han pintado hasta la saciedad, mucho más

que a las señoras, porque además, fuera de su mugre, de su barro, de su hediondez, tiene su belleza, belleza e interés, elementos que en un segundo hacen olvidar lo que, por otra parte, es: una lancha que llega navegando, izada la vela, por el Canal de Tenglo, o que parte hacia las islas, en la marea alta, con su hombre, su mujer o su niño de pie o sentado en alguna parte, o cuando la luz, dominando el negro, crea, con lo que tiene a mano, alguna combinación que logra cambiar, por un momento, el paisaje.

¿Y el ser humano? Angelmó está lleno de seres humanos excepcionales. Personajes de primera mano, dignos de González Vera, de Gorki o de Coloane, y de entre ellos, los más interesantes para mí son las mujeres. En primer lugar, la mayoría de los comerciantes que ofrecen y venden mercaderías de la región: tejidos, cestería, mantas, chales, son mujeres, señoras que tienen su tiendecita o que vagan de aquí para allá con su negocio, y que de pronto, abordadas por otras señoras, las turistas, que les preguntan por esto o por lo otro, ¿tiene algo de Puyuhapi?, se detienen en cualquier parte y abren sus bultos y muestran sus tesoros. Pero no son sólo ellas a quienes vale la pena mirar y observar. Vale la pena mirar y observar también a sus ocasionales clientes y a otras más pobres, unas que podríamos llamar comerciantes "freelance". Mujeres que ofrecen ropas como ellas, pobres. Hace tiempo describí a una que ofrecía unas ropas femeninas de segunda mano y un par de zapatos de hombre, quizás, de tercera mano y que terminó por vender todo, quedándose al final con dos bolsones de papel llenos de lechugas y cebollas y tal cual macha o almeja, o champa de picorocos. Más unos pesos, todo vendido y trocado previa consulta con un gerente que tenía, un gerente propio, que no tenía nada que envidiar a ningún otro gerente.

1972